

MARINA

POR ROSARIO MARTINEZ ROCHINA

Muchas veces he pensado que, al bautizarme, el imponerme el nombre de Marina, fué como una predestinación. Nunca he podido saber por que se les ocurrió este nombre a mis padrinos. Ningún ascendiente en mi familia ni en las suyas. Ni siquiera habían salido de aquellas tierras áridas, para asomarse a las inmensas aguas del mar. Quizá hicieron un modesto concurso familiar, con ánimos de diferenciar el que había de ser mi nombre de todos los conocidos y repetidísimos en aquel pueblo, rodeado de enhiestas montañas. Con ello me libraron de algún mote, inevitable en otro caso. Fuí Marina únicamente para todos. ¡Marina!... Siempre oí que era bello este nombre y un día, con impaciencia infantil, pregunté que significaba. «Marina es algo relacionado con el mar», recordará que me respondieron.

Desde entonces, a cientos de kilómetros de él, fué el mar mi sueño, mi preocupación, el solaz encantador de los largos días de mi niñez.

Aprendí rápidamente Geografía e Historia. Sabía los nombres de todos los mares y mentalmente «veía» donde empezaba y terminaba cada uno de ellos. La Historia me demostraba la importancia del Mar. Las Batallas, de las que están cuajadas las historias de todos los países, se desarrollaron en los mares muchas veces. En mi entusiasmo, hacia mías todas aquellas gestas y sólo por mi nombre— aliado del Mar— creía haber participado en todas las batallas, salpicado mi cuerpo por olas espumosas.

Con los días, fué aumentando en mi la pasión marinera. Un día me sorprendí maravillosamente al descubrir que la Virgen llevaba en su nombre la hermosa palabra: ¡Mar...! Y me la imaginaba revestida de olas azules, envolventes, con encajes de espuma.

Mi habitación parecía un taller de artesano. La tijera, decidida y fría, mutilaba sin cesar las viejas revistas, conservadas con tanto esmero por mi abuelo. Desde la clásica estampa del Descubrimiento de América— con el mar al fondo— hasta el desembarco de Alhucemas, pasando por la inmensa Batalla de Lepanto— con el Santo Cristo en medio de olas tumultuosas y de balas—, todo fué recogido pacientemente por mis manos y

pegados con goma en cartulinas azuladas. Llegué a poseer una valiosa— al menos para mí— y pintoresca colección. Grabados, dibujos y fotografías, de todos los tamaños. Cromos de todas las ediciones. ¡Trozos de mar!

Después copié con la caligrafía insegura de mis 10 años, todos los versos que cantaban al mar. Lo encabezaba el para mí más representativo de la grandeza de las olas:

«El viento con furor batía — celoso de su calma, ella le dijo: — En vano te enalteces, — tus iras me levantan».

Encontraba hondo sentido a aquellas frases y pensaba en la bondad del Mar, que reposaba confiado y hermoso y sólo la envidia del aire, tornadizo e informal, hacía, iracundo, levantar las olas. Interiormente achaqué todos los naufragios, todas las catástrofes marineras a la envidia de los vientos. ¡El mar era bueno y bello!... y le alcé en mi pecho un altar en donde mi corazón adorante y sumiso quemaba todos sus inciensos.

Por su color y su extensión llegaba a confundirlo con el cielo. En las tardes tranquilas del campo, gozaba tendiéndome sobre la hierba, con los ojos muy abiertos, cara al cielo, contemplando como las nubecillas blancas caminaban presurosas, y mi imaginación las convertía, en grandes carabelas, en pequeñas gaviotas, y llena de emoción, sentía cada día más ansias de contemplar el verdadero mar.

El tiempo que sobrábame de mi tarea de coleccionista, lo dedicaba a la lectura. Novelas de aventuras, fantasías, Historia, pero en el fondo sólo y por siempre: el Mar.

Acababa de cumplir los 12 años cuando se descubrió inesperadamente mi afición. La Profesora, de la que conservo un grato recuerdo, gozaba estudiando nuestros gustos y nuestras reacciones. Hasta creo que siempre nos trataba y guiaba según el carácter de cada cual. Muchas veces, después de un día de campo nos hacía relatar por escrito, sin disposición previa y con

tiempo muy justo, las impresiones del día. O después de una lección de Historia nos preguntaba el personaje que nos parecía más bueno, noble, o cruel. A veces organizaba votaciones. ¡Siempre era divertido el escrutinio! Hacía que trabajase nuestra mente, mientras nos divertíamos.

Un día nos sorprendió con una idea fascinadora. Mandó ajustar las maderas de los balcones y nos dijo que, cerrados los ojos, meditásemos durante cinco minutos lo que deseábamos ser. Se hizo un silencio impresionante y después, llenas de expectación, dejamos nuestras notas, dobladitas en su mesa. Un murmullo impaciente seguía a la lectura de cada nota. Alternativamente fueron saliendo «bordadoras», «maestras», «pintoras» y poéticas «jardineritas», y de pronto, mi nombre y la voz aguda e interrogante de la Profesora:— ¿Sirena? Me levanté ruborosa y afirmé primero con la cabeza y después con voz débil:— ¡Sí, señora, Sirena!

Yo sabía que al final debería subir al entarimado, con el negro encerado al fondo, que pondría en relieve mi figura blanca y temblorosa y que debería explicar con toda claridad y detalles el por qué de tal deseo.

Mi peregrina idea causó sensación. Las más variadas frases, que aprendí de los libros, los más deslumbrantes calificativos a la grandeza del Mar y trozos de novelas fantásticas o leyendas que había descubierto en aquellas revistas almacenadas en el desván. ¿Qué cosa más hermosa podría desear que convertirme en sirena de rizada y húmeda cabellera, con bella figura y cola plateada? Podría dormir durante el día en un lecho de algas, rodeada de conchas nacaradas y piedras preciosas, y por la noche mientras la luna se miraba en las aguas tranquilas, formaría en el coro de las sirenas, ninfas del Mar, mientras algún barco retrasaría su marcha para oír nuestros cantos.

Cuando supe que las sirenas eran figuras legendarias, producto quizá de la bella imaginación de los poetas, sufrí un golpe tremendo. No había sabido distinguir la fantasía de la realidad. Tenía ya 20 años cuando nació en mí aquella pasión. Hasta entonces, las burlas más o menos inocentes, la decepción,

y el tiempo que hace ver con más claridad los hechos, contribuyeron a que «viese» en el mar, sólo una inmensa cantidad de agua.

Se celebraba en el pueblo la Fiesta Mayor, dedicada a la Virgen. Mientras todas las jóvenes bailaban frenéticamente en medio de la plaza, yo, cansada, me senté mirando como sus cuerpos giraban rápidos y seguros al compás de la música. A mi lado charlaba sin cesar con varias personas del pueblo, un matrimonio catalán. Poco a poco la conversación se hizo interesante para mí, hablaban del mar, de rocas enormes que las olas coronan de espuma y un nombre que se repetía al pié de las fotografías de mi colección infantil: «Costa Brava». No se si es necesario en un pueblo el ceremonial de las presentaciones, ni sé tampoco si fui presentada. Sólo recuerdo que me vi envuelta en la conversación y que les conté, como si fuesen viejos conocidos, «mi historia». Hablé de mis mares de cartulina y acuarela de «mis mares» de cromos y recortes, de mis viejos libros de viajes y aventuras, de las revistas cercenadas por mis tijeras implacables y mi nombre al sonar en medio de la charla, fué para mí como la palma de los Mártires, como el nimbo de los Santos, porque oí decir:— ¡Hasta el nombre ha tomado del mar!

Se profundizó una gran amistad entre nosotros y con su ayuda pude conseguir de mis padres que me dejasen durante el verano, ir a su casa de Cataluña, y lograr por fin ver el Mar, como lo había deseado tanto tiempo.

Me esperaron en Barcelona y juntos seguimos camino por carretera. Jamás podré olvidar la sensación que me causó el mar cuando lo vi por primera vez. Sensación física y espiritual al mismo tiempo. No quedé defraudada. Estaba en calma y las olas, suavemente, se iban sucediendo para besar la arena. Atardecía y la luz del Sol que se apagaba, doraba las aguas de tonalidades variantes. Mis ojos muy abiertos. Miraban tras el cristal de la ventanilla hasta «el fin», donde se juntaba el mar con el cielo. Los veleros que dejábamos atrás, en las aguas que tornábanse oscuras, y las gaviotas que revoloteaban rodeando

las velas, parecían saludarme alegres, en grata bienvenida.

Mi estancia fué de lo más dichosa. Me bañaba cada día en el mar. Es admirable como se compenetra la Montaña y el Mar en la Costa Brava catalana. ¡El aroma de los pinos fundido con la humedad salobre de las olas! Una tarde en que me adentré demasiado, nadando, confiada de mi seguridad sobre las olas, me vi envuelta en una tromba de agua enorme que con fuerza sodrecogedora me arrojó, medio desvanecida, sobre las húmedas arenas.

Yo creo que fué un aviso del Mar, de su poder inmenso. No debía yo jugar con su paciencia, en la lucha que ha de sostener eternamente con los vientos, de la que son víctimas cada día tantos seres indefensos.

Celebrábamos excursiones a los pueblos vecinos, llenas de alegría y de compañerismo. Después añadimos también los paseos nocturnos por el mar. La víspera de marcharme en que el mar dormía tranquilo acariciado por la luna, salimos todos en cinco barcas. Yo, recostada, con los cabellos destrenzados, languidamente, miraba fascinada el rielar de la luna en el agua. Sin mirarlo sabía que él estaba a mi lado, callado y prudente como siempre, pero con su mirada fija en mí. Emocionada recordé aquellos sueños de mi infancia— «Si, señora, sirena». No había ninfas del mar, pero no por ello le faltaba encanto para mí. Las olas chocaban blandas unas contra otras, en murmullo suave, y de pronto, cual música encantadora, voces, y los más bellos cantos que había soñado jamás. Fué entonces cuando su voz me dijo dulcemente:— ¡Pareces una sirena...!—

He vuelto a las ariscas montañas de mi tierra. Soy feliz porque al fin pude ver el mar y me acarició su brisa. Pero es triste tener que conformarse con solo mirar las aguas del río, aún cuando ellas al final han de ser también Mar. De la Costa Brava traje dos caracolas nacaradas que cada día pongo innumerables veces sobre mis oídos, Cierro los ojos y mi corazón se agita al sentir el milagro: oigo el murmullo de las olas y su voz cariñosa repite:

— ¡Pareces una sirena!... ¡pareces una sirena...!

SASTRERIA CASAS

VERDAGUER, 16

SAN FELIU DE GUIXOLS

Fábrica de Lejía LA PANCHITA

LA MEJOR PARA EL LAVADO DE LA ROPA

Cruz, 16

Desea a sus clientes y amigos FELICES
NAVIDADES Y PRÓSPERO AÑO NUEVO

GARAJE CENTRAL

GENERAL MOLA, 45 - TELÉFONO 102